

El almirante conoció desde luego que el rey se
daba prisa de su hermosura.

¿Qué más podía desear?

Aquella india le estaba sumamente agrada-
da: así al menos lo demostraba.

Dominado su corazón, le aconsejaría siempre
benevolencia para con ellos.

Capítulo XLIX.

Castilla fue la primera que se adelantó a
salir y Flor de Palma pronto habló a solas.

—Tú serás reina de mi reino,—replicó Guana-
jari después de haber oído de sus labios que anhela-

ba su amor, porque su amor era la libertad.

Para excitarle a que se fuera en su empresa,
contó Castilla horrores de los españoles.

Dijo, entre otras cosas, que el almirante mismo
había querido ser dueño de su hermosura, que el

Rey de Haití,—dijo Ainaibac a su soberano
cuando, después de regresar de la visita a la escua-

dra de Colón, se dispuso de su séquito y quedó a so-
las con su butío,—rey de Haití, voy a turbar la feli-

cidad que hay en tu pecho, pero Vagoniana al darme
la penetración que tengo para leer en los ojos de los

demás los sentimientos de su alma, me ha impuesto
el deber de ser leal con mi soberano.

Tú amas á los españoles porque crees que son en-
viados del cielo; has visto en los regalos que te han

hecho, en los agasajos con que te han colmado prue-
bas de su amistad; has creído que el único objeto de

su venida es defendernos de nuestros enemigos.

Aleja para siempre esas creencias: yo he leído

en las miradas de los extranjeros la ambición de so-
meternos y dominarnos.

Se presenta á ti como amigo leal para tenderte el
lazo con más seguridad.

No; no es protegerte de nuestros enemigos; no es
vengarte de Caonabo y de los caciques que se han

rebelado contra ti; no es el deseo de apagar la tea de
la discordia que arde en tu patria el que les anima.

Sedientos de oro, quieren por medio de un simulado
afecto apoderarse de ti para poner en tu cuello la ca-

dena del esclavo; para convertir á tus súbditos en
siervos.

Tú no puedes consentir la esclavitud; tú no pue-
des arrojar á nuestros pies la corona.

No, Ainaibac,—exclamó Guacanajari,—el ce-
lo te engaña. Los extranjeros son leales y además

son fuertes, son además generosos porque me han
perdonado; yo empecé mi palabra de que velaría por

sus hermanos; yo les aseguré que vivirían en paz
bajo mi protección y, sin embargo, no he podido

ofrecerles más que su cadáveres y un montón de es-
combros.

Han podido fulminar el rayo contra mí; han po-
dido difundir la desolación y el espanto en mi reino; han

sido buenos, me han perdonado, me han tendi-
do sus brazos, son nuestros amigos.

—La bondad de tu alma es mala consejera,—añadió
Ainaibac,—consulta al Tzimes y él te inspirará;

pasa toda la noche en oración; quemar el aloes santo
para aplacar su enojo, y piensa que no soy yo el sólo,

sino todos cuantos te hemos acompañado, los que estamos seguros de que tu condescendencia, tu lealtad para con los extranjeros fabrica poco á poco las cadenas de nuestra esclavitud.

Las palabras del butio produjeron una inmensa emoci6n en el 6nimo de Guacanajari.

Nuevas dudas alteraron la tranquilidad de su alma.

Mezclaba con ellas la pasi6n que le habia inspirado Flor de Palma, y ansiaba por momentos, tanto para llevar á su lado aquella mujer como para saber por ella cu6l eran los intentos de los extranjeros, volver á bordo de la *Marigalante* á conversar con ellos.

Fué, en efecto, como hemos visto, al dia siguiente, y Catalina, cuyo plan conocemos, confirm6 las sospechas que habia despertado en su alma Ainai-bac, exajer6 la codicia de los extranjeros, y obtuvo de 6l la palabra formal de que la recogería, como á sus compaÑeras, bajo su proteccion.

Aquel dia Guacanajari, al acercarse á Colon, no estrech6 su mano con tanto cariÑo como otras veces.

Dudaba de 6l, y la duda habia alejado de su coraz6n la sinceridad.

Aquella misma noche consult6 al Tzimes.

Quem6 en el ara el aloe perfumador, y permaneci6 en oraci6n largo tiempo aguardando la inspiraci6n que debia resolverle á declararse enemigo 6 á confirmar su amistad con los extranjeros.

Era la media noche.

Una fresca brisa mecia las ramas de los 6rboles que poblaban la isla.

La luna, suspendida en el cielo, derramaba sus plateados rayos sobre las ondas del mar y penetraba á trav6s de las hojas del 6rbo1 bajo cuyas ramas se cobijaba el ídolo.

De pronto reson6 en el oido de Guacanajari una voz que habia escuchado pocos dias antes.

Era Inima, la hermana de Ainaima.

—Guacanajari,—exclam6,—vengo á verte por la 6ltima vez. La fiebre me consume; la hora de mi muerte se acerca; el sepulcro que ha de guardar eternamente mis despojos se abre; pero 6ntes de morir quiere Vagoniana que yo lea en el porvenir, y que pueda darte un consejo y un aviso.

Has sido d6bil, y tu debilidad necesita castigo.

El castigo son esos extranjeros á quien amas.

Por amor á uno de sus ídolos has asesinado á tu esposa: yo fui quien le arrebat6 de tus manos, y hecho pedazos le arroj6 á las arenas de la playa, para que el hurac6n le lleve en su carrera á hundirle en los abismos del mar.

—¿Tú, Inima?

—Yo, s; y hoy vengo á descubrir ante tus ojos el porvenir que te aguarda. Los extranjeros que se han apoderado de tu espíritu no tardar6n en poner en tu cuello la argolla de la esclavitud; se apoderar6n de tus dominios; saquear6n tus tesoros; har6n que tus vasallos sean sus siervos; profanar6n sus hogares; convertir6n en sus mancebas á las libres é in-

dependientes haitianas, y tú, bajo la maldición de tus antepasados, morirás en el abandono, despreciado por tus amigos, escarnecido por tus súbditos, maldecido por Vagoniana.

—¡Oh, no, no; Inima; eso no puede ser!

—Y, sin embargo, sucederá. Contempla el Tzimes. ¿No ves cómo sus ojos se animan y brilla en ellos un resplandor siniestro?

Guacanajari fijó sus ojos en el Tzimes, y los apartó de él inmediatamente con horror.

Inima avanzó algunos pasos hacia Guacanajari.

—A dios para siempre,—le dijo.

Y tendió su mano sobre la triste frente de Guacanajari.

Un frío glacial circuló por las venas del monarca de Haiti.

La mano de la india parecía de mármol.

—Aún puedes salvarte,—añadió Inima,—aún puedes salvar á tu pueblo. Caonabo, arrepentido de haber roto las hostilidades contigo, desea de nuevo tu alianza.

Quiere volver á verte como en aquellos tiempos en que tu flecha atravesaba el espacio en raudo vuelo.

Sé su amigo; únete con él para luchar contra los extranjeros, y aún podrás dar días de gloria á tu desgraciada patria.

Inima no habló más.

Con incierto paso se apartó del lugar sagrado, y

al día siguiente anunciaron á Guacanajari que la hermana de Ainaima había muerto.

No había duda, sus presentimientos eran ciertos. Había leído en el porvenir.

Todo gritaba en torno suyo guerra á los extranjeros.

Guarionex con algunos indios del Cibao, llegó al palacio de Guacanajari.

—Vengo en nombre del cacique de Maguana á ofrecerte paz y amistad. Ya has peleado como bueno con nosotros para cumplir un juramento que habían hecho; pero ya habrás tenido ocasion de convencerte de que tus amigos son nuestra perdición, que no quieren más que nuestra ruina, y es necesario que nos unamos todos para contrarestarlos. Todos los caciques, tus enemigos, te brindan la paz.

—Yo la acepto,—exclamó Guacanajari, impresionado aún por las palabras de Inima, por la mirada siniestra del Tzimes, por los consejos de Ainaibac, por las palabras de Catalina;—yo la acepto con todo mi corazón, y si ha llegado la hora de mi muerte, si he de sucumbir por el bien de mis vasallos, pronto estoy á derramar mi última gota de sangre.

Corred, volad, decid á Caonabo cuáles son mis deseos; si me viera obligado á abandonar mi reino de Marien, iría á buscar refugio á vuestro lado, y al lado vuestro lucharía para vengarme de los que, presentándose á mí como buenos amigos, solo aspiran á esterminarme.

El cambio que se había operado en Guacanajari,

debía aumentar las complicaciones que aguardaban á los españoles en aquellos apartados dominios.

Ocho veces salió el sol y otras tantas hundió su frente en el ocaso.

En todo este tiempo no vió Colon á Guacanajari, y observó que los indios apenas aparecían en la playa.

El silencio sepulcral que reinaba en la costa, ponía en cuidado al almirante.

Unos marineros que fueron á proveerse de agua en un manantial, presentaron á Colon los fragmentos de la imágen que Guacanajari habia robado de la fortaleza con el auxilio de Alonso Velez, que Inima le habia arrebatado á su vez y habia convertido en pedazos.

Todos estos indicios, y por otra parte los incessantes consejos del padre Poil y la ansiedad de pelear que sentían los capitanes que acompañaban á Colon, le hacían vivir en una perplejidad inmensa.

A su lado, sin que nadie se apercibiese, dos corazones sufrían horriblemente.

Américo Vespucio no olvidaba á Esperanza.

Isabel Monteagudo fijaba á todas horas la vista en aquel papel que habia encontrado; adivinaba la traición de su esposo; confiaba en verle, y la sed de venganza devoraba su espíritu.

—Mañana,—dijo al fin Colon á los capitanes,— iremos á la isla; hablaremos con Guacanajari; exploraremos sus intenciones, y so pretexto de defenderle de sus enemigos, emprenderemos la conquista del Cibao por de pronto.

Esto animó un tanto el desaliento de los navegantes.

Pero aquella noche ocurrió un incidente que despejó para todos la situación.